Pueblo de Santa María -Heilige Maria - un poco de historia

**Los alemanes tenían sus propias autoridades**   
El Director y la junta consultiva   
“El Director y los Vocales debían vigilar la economía hogareña; nadie podía sacrificar animales para   
su consumo privado sin autorización. El Director, de acuerdo a la efectividad del desempeño de sus   
funciones, recibía un sueldo "extra"; siendo su retribución ordinaria por mes de 30 rublos y los   
vocales apenas un rublo. Pero, en caso de que cualquiera de ellos fuera deudor del fisco por   
préstamos anticipados, dicho importe les era descontado. Los azotes con látigo se aplicaban   
conforme a la gravedad de las faltas y estaban minuciosamente reglamentados por un índice: robo o   
daño intencional, 24 azotes; por desobediencia al vocal, 6; por ofensa al vocal, 12; y por agresión   
al vocal, 18 azotes; si dicha agresión había sido con arma, 40; máximo permitido”.   
"Los Directores de las aldeas (Vorsteher) –refieren los historiadores Popp y Dening-, tan mentados   
por su actuación correcta y comprensiva y sus dos vocales asistentes, debían elegirse popularmente   
entre los mejores y más sobresalientes colonos, entre los 30 y 40 años de edad; los primeros duraban   
un año en sus funciones y seis meses los vocales. Estos últimos eran dos como mínimo y desempeñaban   
funciones policiales; también eran los "escribientes", asignándose a cada uno un sector para una   
rigurosa vigilancia de la limpieza, en las casas, funcionamiento de las chimeneas e instalaciones   
para prevenir incendios.   
El director debía presidir todos los actos importantes de la aldea, o hacer al menos acto de   
presencia en casamientos, bautismos, ceremonias, procurando que no ocurrieran derroches ni desmanes.   
En los casamientos se prohibían los regalos mientras las colonias fueran deudoras de la Corona rusa;   
asimismo controlaban la presencia de haraganes y vagabundos en los hogares, los cuales no eran   
tolerados bajo ningún pretexto. Era inconcebible que personas sanas y normales no participaran   
activamente en la Colonización del Volga.   
El Director y los Vocales también debían vigilar la economía hogareña; nadie podía sacrificar   
animales para su consumo privado sin autorización. El Director, de acuerdo a la efectividad del   
desempeño de sus funciones, recibía un sueldo "extra"; siendo su retribución ordinaria por mes de   
30 rublos y los vocales apenas un rublo. Pero, en caso de que cualquiera de ellos fuera deudor del   
fisco por préstamos anticipados, dicho importe les era descontado.   
En cuanto a las faltas cuyo castigo era de incumbencia del Director, la pena de azotes sólo podía   
ser aplicada cuando existía total acuerdo con los vocales; en cambio los trabajos forzados o multas   
podían aplicarse sin consulta. Los azotes con látigo se aplicaban conforme a la gravedad de las   
faltas y estaban minuciosamente reglamentados por un índice: robo o daño intencional, 24 azotes; por   
desobediencia al vocal, 6; por ofensa al vocal, 12; y por agresión al vocal, 18 azotes; si dicha   
agresión había sido con arma, 40; máximo permitido.   
En cuanto a la desobediencia o agresión al Director el castigo era aplicado por el Comisario de   
Sector o el Kontor.   
Las indemnizaciones por la eliminación o muerte culposa de animales fueron: por una vaca, 7 rublos;   
una oveja, 1,20 rublos; un cerdo, 1 rublo; una cabra, 0,50 rublos; un perro, 2 rublos; si era de   
caza, 5 rublos y un buen caballo 12 rublos; un pavo, 0,20; un pato, 0,06 y una gallina, 0,04 rublos;   
quien derribaba un árbol frutal debía oblar 3 rublos. La mendicidad estaba totalmente prohibida.   
Este cuerpo legal, tan minucioso, preparado especialmente para los colonos europeos, en ningún   
momento tuvo en cuenta la calidad e idiosincrasia de los colonizadores a los cuales debía regir; su   
contenido intrínseco fue extraño a los alemanes que provenían de una región de alto nivel cultural y   
espiritual amamantada ya por la lejana Roma. Primaba en él la mentalidad autocrática que sólo sabía   
legislar para siervos; fue un grave error, pues impidió la expansión de las aldeas con sus colonias   
y también fue lesiva para la economía rusa.   
El pueblo germano, con semejante constitución se sentía disminuido espiritualmente y aplastado; de   
nada valían sus sacrificios por abandonar su tierra natal y perder sus derechos ciudadanos, morir de   
hambre y frío durante el año de peregrinación hacia un edén que sólo existía en los sueños de   
Catalina II... y ahora, un Código primitivo y extraño, en una tierra de siervos los condujo al borde   
de la desesperación; los sufrimientos morales y espirituales estaban en consonancia con los   
físicos”.   
**Se inicia la segunda emigración**   
Los alemanes del Volga deciden abandonar Rusia   
“Entre 1764 y 1767 se fundaron en ambas márgenes del Volga ciento cuatro colonias, con población   
extranjera en la que el predominio alemán era casi total. Había también franceses y de otras   
naciones, quienes regresaron pronto a sus respectivos países. De esas colonias madres, nacieron   
noventa y una más. En 1912 formaban un total de ciento noventa y cinco. De éstas, algunas, según   
tradición verbal, fueron aniquiladas en las incursiones de hordas salvajes. La primera colonia fue   
fundada el 29 de junio de 1764 y se llamó Dobrinka, la cual en 1912 tenía 5.400 habitantes. La   
mayor, llamada Norka, fue fundada el 15 de agosto de 1767 y tenía 14.236 habitantes”. (Según   
testimonio escirto del historiador Matías Seitz)   
Motivaciones para dejar el Imperio zarista   
“Apenas asumió el poder en Rusia Catalina II, la Grande, comenzó a desplegar un astuto y ambicioso   
plan colonizador para civilizar y expandir el Imperio –argumentan Popp y Dening en su libro “Los   
Alemanes del Volga”-, y nuestro pueblo fue un tanto víctima y resultó sacrificado por la nombrada   
estadista; cuando desembarcaron de los barcos que por el Báltico los condujeron a tierra rusa,   
tuvieron la primera "desagradable sorpresa" al enterarse de que todos debían dedicarse a la   
agricultura, aunque el Manifiesto de su Majestad no contenía dicha cláusula. De la Renania   
(Alemania) salieron 30.000 personas y por las tremendas peripecias del viaje sólo llegaron 27.000 al   
Volga, sobreviviendo apenas 23.000 después de la primera década; naturalmente que durante el siglo   
diecinueve alcanzaron cierto bienestar.   
Esta colonización fue la primera que la Corona rusa condujo sobre las yermas estepas de su Imperio;   
en consecuencia fue un experimento incierto plagado de indecisiones y desatinos. Fueron creados   
organismos especiales para su administración y se dictaron reglamentos para "siervos" de acuerdo al   
estigma social imperante en el país y a la inveterada mentalidad de sus dirigentes y no para   
"personas libres" como eran los alemanes; los funcionarios rusos desconocían el trato con un pueblo   
libre que recién comenzaron a conocer a partir de 1863 —un siglo después de la inmigración de   
nuestros antepasados—, cuando el Gobierno abolió la "servidumbre".   
También es preciso volver al contenido de la invitación de Catalina II, en su tantas veces aludido   
Manifiesto de 1763, cuando —aparte de eximirlos del pago de los tributos habituales del país—, los   
eximió de prestar el servicio militar junto con sus descendientes por tiempos eternos. De esto se   
desprende que nuestro pueblo teóricamente poseía privilegios muy especiales en Rusia, y   
prácticamente constituía un pequeño estado dentro de un gran Imperio; tal vez esta maniobra de   
promesas exageradas para inducir a los alemanes a colonizar el Volga fue un error histórico o...   
una treta desleal y sádica, tan común en los hábitos diplomáticos de aquella época.   
Las guerras y el militarismo los obligaron a huir de su patria nativa hacia el este, ignorando tal   
vez, que el Imperio ruso también poseía un numeroso ejército que nutria sus filas de un pueblo de   
"siervos", que nunca conocieron la libertad hasta 1863; estos soldados —extraídos de la servidumbre   
rural y urbana—, no se incorporaban para adquirir instrucción militar o cívica, sino para continuar   
sirviendo ciegamente a sus superiores. El ejército ruso, hasta fines del siglo diecinueve, no   
gozaba de buena fama y menos en la imaginación de nuestros colonos; cabe agregar que de acuerdo al   
arma, el servicio militar se extendía de cinco a siete años consecutivos, en lugares muy alejados   
del Volga.   
Un pueblo libre, que gozaba de privilegios especiales y que estaba completamente separado de los   
nativos, continuando con sus tradiciones y su lengua, sin obligación de cumplir el servicio militar   
en su nueva patria, no podía continuar así por mucho tiempo; después de esta introducción   
esclarecedora, desarrollaremos los cuatro motivos principales que indujeron a muchos colonos a dejar   
las colonias en forma definitiva; a saber:   
1º SERVICIO MILITAR: El historiador Riffel se detiene especialmente en este aspecto; mas, no   
podemos admitir que los alemanes sean más cobardes que los rusos. Ello quedó muchas veces demostrado   
en las frecuentes guerras de la época con los turcos; pero al difundirse la noticia de que el zar   
Alejandro II dejaba sin efecto la promesa formal de eximir a los colonos alemanes y a sus   
descendientes del servicio militar obligatorio, el impacto fue terrible. Con el sofisma de que para   
los rusos el concepto de "tiempos eternos" se limitaba sólo a "cien años", los colonos se sintieron   
defraudados y nuevamente engañados por los rusos; tener que abandonar, —por primera vez—, sus   
aldeas para alejarse miles de kilómetros por cinco a siete años, para incorporarse a un ejército   
—caballería-infantería-marina-artillería—, compuesto por nativos de la peor calaña y extraídos de   
entre los siervos rusos, era algo inadmisible.   
Los jóvenes dedicados únicamente a la labranza de las tierras y a sus iglesias, no conocían otra   
cosa que su aldea o las colonias vecinas; no es de extrañar que, cuando los primeros reclutas   
salían de sus aldeas, las campanas eran echadas a vuelo y la multitud los acompañaba por un largo   
trecho, con lágrimas en los ojos. Era frecuente ver a las esposas de los soldados, arrojarse delante   
del tren que los llevaba al lejano regimiento porque, decían, si ya no estaba quien sostenía a la   
familia, ellas no tenían por qué seguir viviendo.   
Todo un drama, tal vez exagerado, entre los pacíficos colonos, que al partir, al cumplimiento del   
servicio militar, se consideraban perdidos... Con ello comenzó la desconfianza hacia todo aquello   
que provenía del Gobierno ruso, considerado tan serio y cumplidor. Cuando, al fin, lograron cierto   
bienestar, comenzaron las peores dificultades para generar nuevos pensamientos para emigrar al   
lejano interior del gran Imperio; así llegamos al siguiente motivo:   
2° ESCASEZ DE CAMPO. Tal como lo mencionamos, el régimen MIR, o sea la permanente redistribución de   
las tierras por períodos decenales en cada comunidad (aldea), provocaba una sensible disminución   
—por el aumento vegetativo— de asignación de tierra por habitante masculino; no obstante las dos   
ampliaciones otorgadas por la Corona, el crecimiento de la población fue tan intenso, que en la   
Bergseite en 1798, aún correspondía a cada habitante un promedio de 16 has. Pero en 1869, dicho   
promedio apenas alcanzaba 1,6 has por cabeza.   
A partir de 1870 el Gobierno ya no cedía campo en el Volga a los alemanes; quien necesitaba tierra   
para cultivar tenía que buscarla en Siberia en la Rusia Asiática; los hijos que iban a suceder al   
padre en el laboreo del predio agrícola, ya no podían —por el servicio militar obligatorio—,   
permanecer en las colonias con seguridad... ello, nuevamente obligaba a tentar la búsqueda de algún   
lugar de radicación definitiva. Asimismo, el Gobierno ruso, un tanto alarmado por el crecimiento y   
la expansión alcanzada por nuestro pueblo, en ningún momento se opuso a la emigración de sus   
descendientes; incluso se les dio diez años para salir libremente del país. Como siguiente factor   
para emigrar citaremos:   
3º POLÍTICA DE RUSIFICACIÓN. Nuestro pueblo se había mantenido totalmente ajeno al sistema de vida y   
de la cultura rusas hasta entonces; quebradas las promesas de Catalina II en lo relativo al servicio   
militar y reducidas las atribuciones administrativas y judiciales otorgadas a las colonias de los   
alemanes del Volga, no cabía duda que se avecinaba lo peor. La poca autonomía de la cual aún gozaban   
en sus aldeas fue completamente derogada en 1876; recién entonces se dieron cuenta de que vivían en   
un país hostil que los consideraba como "intrusos". Muy pocos conocían el idioma ruso y los vínculos   
con los nativos eran casi nulos: quien pensaba quedarse, debía comenzar de nuevo y someterse a dicho   
tren de asimilación a un pueblo que muy poco antes había salido del estado de servidumbre, con   
modos de vida tan distintos, era suficiente razón para buscar nuevos horizontes en la emigración. La   
juventud rusa había acunado un nuevo slogan —a imitación de los americanos—, "Rusia para los rusos"   
que ya indicaba claramente que en el futuro quedarían pocas opciones y se sabía que el nuevo zar   
comulgaba también con esas ideas; aún resumiremos otros motivos:   
4º MOTIVOS MENORES. Ante un panorama tan incierto y difícil, se agregaron años de sequía y sin   
cosechas y ello aumentó la aflicción y desesperación de nuestros colonos al máximo; tan es así, que   
en 1871 toda la región sureña del Volga se vio afectada de una gran sequía, muy extraña por cierto,   
y otros años similares siguieron luego y la decepción se extendía cada vez con mayor fuerza.   
Citemos también el influjo negativo que siempre tuvo sobre nuestros antepasados la crudeza del   
invierno ruso.   
Finalmente, ante ese cúmulo de dificultades que se interponían en la vida habitual en Rusia, también   
surgió el temor de una eventual restricción de la libertad de culto, o de conciencia, o la   
imposición lisa y llana de la exigencia de adoptar la religión ortodoxa oficial de Rusia, como   
acaeció más o menos en la época, sobre las costas del Mar Báltico, en donde más de tres millones de   
católicos y protestantes fueron obligados a profesar la religión ortodoxa”.   
**Nuevo continente**   
Rumbo a América   
“Los alemanes del Volga que dejaban Rusia tenían decido emigrar al Brasil pero “Jakob Riffel cita en   
su libro el testimonio del Schulmeister Däning quien sorprendió un comentario del jefe de comedor   
del barco a otro tripulante. Cuando uno decía al otro, irónicamente, que en esta oportunidad parecía   
que "el hombre propone y el capitán dispone". Däning quiso rectificarle con el conocido "y Dios   
dispone". A lo que el personaje replicó: "Muy bien dicho, siempre hay un conductor supremo que os   
llevará al lugar correcto", todo esto expresado con un sospechoso tono que el Schulmeister recién   
interpretaría semanas después   
Sin advertir, por lo tanto, en qué lugar se encontraban ni mucho menos qué significado tendría este   
"desvío accidental" en su futuro, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires entre el 5 y el 6 de   
enero de 1878. Con total desconcierto, comprobaron que no había por el momento ninguna posibilidad   
de ser trasladados al Brasil, excepto por cuenta propia”.   
Habiéndose reunido en la ciudad de Saratov mucho más de mil personas, procedentes de las distintas   
colonias situadas a orillas del Volga y apuradas por emigrar, el gobierno ruso puso a su disposición   
un tren que aparte de su coche postal y el de carga, llevaba doce vagones de pasajeros. Los   
viajeros fueron clasificados según las familias y según las colonias, con todos los elementos   
indispensables para afrontar cualquier eventualidad de un viaje de ocho días, rememora Matías Seitz.   
Y agrega que la mayoría, principalmente mujeres y niños, veían por primera vez en su vida un tren,   
razón por la cual quedaban admirados y a la vez temerosos de que pudiera descarrilar o producirse   
algún choque con otro tren que lo enfrentara. Una abuela, ante la posibilidad de ese peligro,   
exclamó: "¡Mejor nos hubiéramos quedado en nuestra querida Colonia!". "No hay que temer, replicó el   
señor Salzmann, porque la mano de Dios nos protege".   
Entre recuerdos del hogar abandonado, cantos y las oraciones acostumbradas, pasó la cargosa semana   
del trayecto. Todas las mañanas se levantaban a las siete y, después de la toilette, el sacristán   
señor Däning, de potente y agradable voz, tocaba un cencerro convocando a todos los pasajeros a la   
hora espiritual, la que consistía en entonar himnos, el rezo del Santo Rosario y otras prácticas   
de piedad.   
Al llegar a la estación de Orel, el tren se desvió hacia un costado para dejar libre el acceso   
porque, dadas las frecuentes guerras de Rusia con Turquía, esperábase la llegada de otros trenes   
con abundante material bélico.   
Oportuna advertencia   
En esa situación, el señor Salzmann dirigió un manifiesto a los jóvenes que formaban parte del   
pasaje. Les dijo: "A ustedes les esperaba en Rusia la misma suerte. Es mejor que la abandonemos   
cuanto antes". "Sí, señor, replicó uno, no queremos dejarnos fusilar por el Zar’". Otro de los   
presentes, un anciano, acotó: "Cuan ciertas son las palabras del Señor que dice: Buscad primero el   
Reino de los Cielos y lo demás se os dará por añadidura’’, y añadió: "Tengo temor de que los   
colonos que permanecen en Rusia y sobre todo aquéllos que se aprovecharon de nosotros, cuando   
tuvimos que vender nuestros enseres, sufran grandes contratiempos".   
Como si esto hubiera sido un anuncio profetizó, 40 años más tarde irrumpió el comunismo y exterminó   
a la mayoría de ellos. Los sobrevivientes fueron protegidos por Hitler, cuando invadió Rusia en la   
guerra, por ser alemanes, pero al ser vencida Alemania, los rusos se vengaron y aniquilaron a los   
que quedaron, por considerárseles alemanes y católicos.   
En la vieja patria   
Al séptimo día del viaje se produjo un comentario unánime: "La próxima estación es Eydtkunnen y   
estaremos en Alemania, la patria de nuestros antepasados, quienes hace 114 años se habían dirigido   
a Rusia. Ahora nos encontraremos con gentes que hablan nuestro idioma". Los jóvenes y las jóvenes   
saltaban de alegría. Las músicas más bellas, especialmente las clásicas polquitas alemanas, eran   
ejecutadas en acordeón (la verdulera) y acompañadas con el canto.   
El sacristán entonó con sus cantores el himno de acción de gracias "Grosser Goth, wir loben dich", o   
sea ’’’gran Dios te alabamos", himno llamado Te Deum, que se canta en nuestros templos en las   
fechas patrias. Mientras el tren entraba en la estación alemana se oyeron voces emocionadas:   
"Eydtkunnen, Eydtkunnen, Deutschland, Deutschland...".   
Dada la curiosidad que esta noticia había despertado en toda la nación germana, al arribo del   
primer contingente la estación se llenó de público, ansioso por presenciar las escenas del   
encuentro. Pronto quedaron llenas todas las dependencias, salas, galerías y otros lugares de   
espera de la citada estación. Inmediatamente se confundieron viajeros y espectadores, asaltando   
éstos a los primeros a preguntas, deseosos de saber las aventuras vividas en la lejanía de donde   
llegaban.   
Consejo sobre el nuevo destino   
Interrogados hacia dónde se dirigían, replicaron a una voz: "Vamos al Brasil". Entonces, de todos   
los labios oyeron que la opinión de sus interlocutores era muy distinta. Un señor trajeado   
elegantemente y que tenía gran conocimiento de Sud América por las agencias noticiosas con las que   
tenía permanente contacto, les manifestó:   
"Mejor harían en ir a la Argentina, porque si en Rusia ustedes se dedicaron a la agricultura, deben   
ir necesariamente a esa nación, que es también un país que se distingue por las condiciones de sus   
terrenos y el clima para producir cereales, especialmente el trigo, la principal preocupación que   
los mueve a realizar este viaje. Brasil no sirve para esas actividades, porque es más bien un país   
que produce porotos blancos y negros, de los cuales los mejores son los negros, es decir los porotos   
del café. Pero tampoco esto se produce en todo el país".   
La estada en este lugar duró apenas dos horas, que aprovecharon los viajeros para visitar diversos   
lugares de la ciudad, fronteriza de Alemania y Rusia, en que se hallaban. Mientras tanto,   
preparábase el trasbordo a otros vehículos que debían conducirlos a través de la capital de   
Alemania, Berlín, al más próximo puerto alemán, donde debían embarcarse hacia su futuro destino.   
Después de las dos horas de espera, en la estación se dio la orden tocando la campana: "¡A Berlín!   
¡Todos arriba!". Al ponerse en marcha oyóse la voz atronadora de todos los presentes, que despedían   
a los viajeros diciendo; "¡Feliz viaje y mucha suerte en el nuevo mundo!". Este saludo fue   
agradecido con el agitar de manos y blancos pañuelos. En la travesía hubieran deseado contemplar   
muchas cosas de Alemania, tan caras a su corazón por la sangre que corría por sus venas, pero pronto   
sobrevino la noche con sus densas tinieblas y al día siguiente ya se encontraban en la ciudad mayor   
o sea la capital, Berlín. Allí, sin perder tiempo, tuvieron que trasbordar inmediatamente al tren ya   
preparado y listo para arrancar, el que debía conducirlos a Bremen, puerto más cercano y al cual   
arribaron al promediar el día siguiente”.   
Confabulación entre las compañías navieras alemanas   
Aquí es oportuno cerrar con el comentario de Olga Weyne, que en su libro “El último puerto”, revela   
que una vez en Bremen, los alemanes del Volga “retiraron los pasajes en la empresa Nord-Deutscher   
Lloyd Bremen”. Y que “allí hizo su aparición el primer indicio de que éste sería un viaje algo   
accidentado: se les fijaba como lugar de destino Buenos Aires y no Río de Janeiro.   
La empresa adujo que, por haber en esos momentos en Río una epidemia de fiebre amarilla, el puerto   
estaba cerrado pero que serían transportados al mismo desde Buenos aires, en un barco brasileño.   
El viaje marítimo fue realizado en dos vapores: el Salier, con 800 inmigrantes a bordo y el   
Montevideo con los restantes.   
Los historiadores consultados no coinciden en cuanto al número de pasajeros ni en lo que hace al   
nombre de los vapores pero Popp y Dening sugieren que la apreciación de Riffel, que acá se sigue, es   
la más acertada.   
El confuso cambio de destino originado en Bremen no es la única referencia a una supuesta   
"confabulación" existente entre las compañías navieras alemanas y los agentes argentinos de   
colonización, destinada a reorientar los contingentes hacia Buenos Aires.   
Jakob Riffel cita en su libro el testimonio del Schulmeister Däning quien sorprendió un comentario   
del jefe de comedor del barco a otro tripulante. Cuando uno decía al otro, irónicamente, que en esta   
oportunidad parecía que "el hombre propone y el capitán dispone", Däning quiso rectificarle con el   
conocido "y Dios dispone". A lo que el personaje replicó: "Muy bien dicho, siempre hay un conductor   
supremo que os llevara al lugar correcto", todo esto expresado con un sospechoso tono que el   
Schulmeister recién interpretaría semanas después   
Sin advertir, por lo tanto, en qué lugar se encontraban ni mucho menos qué significado tendría este   
"desvío accidental" en su futuro, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires entre el 5 y el 6 de   
enero de 1878. Con total desconcierto, comprobaron que no había por el momento ninguna posibilidad   
de ser trasladados al Brasil, excepto por cuenta propia.   
Según los relatos tomados como fuentes, al hacer escala el vapor Montevideo en Río, subió al mismo   
el agente Andreas Basgall quien siguió con ellos hasta Buenos Aires. Parece que su intervención fue   
decisiva ya que cuando se produjeron algunos roces con las autoridades aduaneras argentinas su   
palabra persuasiva convenció al grupo para aceptar su nuevo e inesperado destino”.   
Por último, Jakob Riffel, que aparte de ser el historiador que redactó la historia de los alemanes   
del Volga mediante fuentes ya existentes y también conforme a sus propias investigaciones   
obtenidas de viajeros que aún vivían antes de 1928, sostiene, después de un exhaustivo análisis, que   
los primeros inmigrantes alemanes que se establecieron en la Provincia de Entre Ríos, llegaron al   
puerto de Buenos Aires en las fechas siguientes: el Salier, con 800 inmigrantes entre el 5 y el 6 de   
enero de 1878, y el Montevideo, con 175 inmigrantes a bordo, entre el 8 y el 9 de enero del mismo   
año; se estima que el número de este segundo contingente puede haber superado los doscientos. Este   
último barco, por haber ingresado a puertos brasileños, fue demorado unos días en razón de la fiebre   
amarilla producida en dicho país en esa época.   
Pero este numeroso grupo de alemanes del Volga no fue el primero en pisar suelo argentino, sino que   
el 24 de diciembre de 1877 habían llegado, procedentes del Estado do Paraná (Brasil), un reducido   
grupo de ocho familias y tres solteros que el 5 de enero de 1878 fundaron lo que hoy constituye la   
colonia madre de Hinojo, en las cercanías de Olavarría, provincia de Buenos Aires. Mientras tanto   
las restantes más de mil familias arribadas, como ya citamos, el 5 y 6 de enero de 1878 y entre el 8   
y 9 del mismo mes, se dirigieron a la provincia de Entre Ríos, iniciando allí una enorme y próspera   
colonización, que con el correr de los años dejaría un saldo de varias aldeas y colonias fundadas.   
**Nuevo país**   
Se inicia la colonización alemana del Volga en la Argentina   
“El presidente, doctor Nicolás Avellaneda, había dispuesto medidas propiciando la colonización de   
las pampas vírgenes con agricultores europeos, aunque la región que circundaba a Buenos Aires hasta   
una profundidad de 200 Km. ya estaba ocupada por grandes terratenientes latifundistas cuyos   
antepasados se habían beneficiado con la famosa ley de Enfiteusis Rivadaviana de manera que las   
superficies disponibles en la realidad eran aduar de los indios. La ley 817 del 19 de octubre de   
1876, llamada de Inmigración y Colonización, fue uno de los pilares económicos que permitió   
proyectar la industrialización del país por el acopio de divisas que generó.   
Recién en los años de la llegada de los alemanes del Volga, la Argentina comenzaba a satisfacer sus   
propias necesidades en lo relativo a producción agrícola.   
Eran tiempos en los cuales la Argentina se desprendía de la herencia colonial para transformarse en   
potencia productora y luego industrial; la economía nacional comenzaba a incorporar la tecnología   
europea y nuestro pueblo contribuyó en gran medida a ello. Así como había transformado la estepa del   
Volga en el granero de Rusia, se esperaba de él, el mismo milagro en las pampas argentinas”.   
Cuando el Poder Ejecutivo Nacional remitió al Congreso el proyecto de ley referido a la colonización   
alemana del Volga en la provincia de Buenos Aires, el 10 de octubre de 1877, hizo constar que los   
gastos habían sido calculados en más de 600 $ F por familia, de los cuales la administración central   
contribuiría con la tercera parte.   
Después de un tramite bastante acelerado, puesto que se tenía noticia del cercano arribo de las   
primeras familias, se dispuso la extensión a otorgar. Serían 16 leguas cuadradas en el partido de   
Olavarría y la tierra pública del Arroyo de Nievas, pero se reservaría una tercera parte para   
venderla a familias argentinas o de otras nacionalidades.   
Cada familia podía adquirir de uno a cuatro lotes a razón de 50 $ m/n la Ha, a pagar en un plazo de   
10 años. Por el mismo tiempo, los colonos quedaban eximidos del pago de la contribución directa.   
Para facilitar la administración de la colonia (fundada el 5 de enero de 1878 con el nombre de   
Hinojo, al que los alemanes del Volga denominaron durante los primeros tiempos Kamenka, en recuerdo   
de la colonia volguense de origen), se dispuso el nombramiento de un Intendente, que sería el   
encargado de poner a los inmigrantes en posesión de sus lotes y de mantener el orden público y quien   
estaría bajo la dependencia de una la Comisión Directiva nombrada por el Poder Ejecutivo.   
Cuando los colonos llegaron a Hinojo ya contaban con casillas provisorias instaladas y, cumpliendo   
con lo prometido, el gobierno les cedió animales y un arado como así también medios para su   
manutención por un año.   
En cuanto a la tierra, ya estaba hecha la división en chacras de 40 Ha por unidad,   
correspondiéndole una a cada varón, sin discriminación de edad. Esto favorecía a las familias   
numerosas y algunas de las más prolíficas recibieron hasta ocho chacras.   
Es probable que esas ventajas iniciales tuvieran relación con las características de zona de   
frontera que aún revestía Olavarría en esos años.   
En el pequeño pueblo de Hinojo se conservan todavía algunos testimonios de esas primeras épocas,   
como por ejemplo un breve manuscrito que el Schulmeister José Gottfried encontró en la iglesia   
local. Se lee allí que: "Duros fueron los primeros tiempos, nos decían nuestros abuelos (...)   
primero el idioma (...) los pajonales (sic) no se divisaba más que unos metros y el poco tiempo   
transcurrido de la conquista de (sic) desierto siempre quedaban algunos indios los hombres (que)   
tenían que (ir) a sus chacras a trabajar.   
Con mejor sintaxis pero con datos parecidos, informa a su vez esta otra reseña: "Llegaron hasta un   
lugar llamado San Jacinto. Lo único que respondía a ese nombre eran los pajonales, donde los   
patriarcas permanecieron unos dos años, debiendo organizar continuamente guardias, armados con   
implementos antediluvianos para defenderse de los malones indios".   
De cualquier forma, los rastros de esta primera fundación prácticamente se han perdido. “A raíz de   
algunos conflictos suscitados con otro grupo de colonos, en este caso franceses establecidos en la   
zona acogida por la misma ley de colonización, los alemanes solicitaron y obtuvieron el permiso para   
trasladarse a un kilómetro de distancia”, escribe Olga Weyne.   
Mientras que el Mayor Capellán (RE) Matías Seitz documenta que: “En ese lugar habían acampado   
también unos franceses, que molestaban a los alemanes, exigiendo que encerraran sus animales, cosa   
imposible por no existir aún alambrados. El entusiasmo aumentó cada vez más y así se duplicaban las   
actividades de todo orden, teniendo también gran interés en la cría de aves de corral, gallinas,   
patos y sobre todo gansos, cuyas plumas eran aprovechadas por las señoras para confeccionar   
almohadas y frazadas, de buena protección contra los fríos del invierno.   
Los tranquilos pobladores tomaron una importante resolución, de acuerdo con el refrán que dice: "Te   
quedas a la izquierda, me voy a la derecha". Eso para eludir incidentes con los franceses. Un   
representante del grupo consultó con la administración, si él y las demás familias podían reunirse   
en una chacra distante unos mil metros del arroyo, para ubicar en ese lugar la colonia, todo en bien   
de la paz común, "porque no queremos tener cuestiones con los vecinos".   
Acordado este permiso, desmontaron todas las viviendas para trasladarlas, con los demás colonos, al   
nuevo destino, al cual llegaron pocos días después nuevos emigrantes del Volga en cantidad bastante   
apreciable.   
Así quedó fijado el lugar definitivo de la Colonia Hinojo, donde se encuentra en la actualidad.   
Como las familias estaban formadas por personas todavía jóvenes y los hijos eran numerosos, tanto   
los hombres como las mujeres, al principio, tuvieron que realizar tareas sumamente agobiadoras, no   
sólo en la casa sino también en el campo. Uno de los más jóvenes principiantes, el primer año,   
contra viento y marea pudo sembrar de cuatro a cinco hectáreas; el segundo año anduvo mejor y llegó   
a las 14 hectáreas.   
Después de fundarse la colonia de Hinojo, se desplazó otra corriente inmigratoria desde el Volga y   
unas veinte familias fundaron la colonia Nievas, llamada también Holtzen. Eran todas personas   
ordenadas y con espíritu laborioso las que se iniciaron en ese lugar. El cielo los favoreció y,   
obteniendo buenas cosechas en los años siguientes, pudieron acomodarse bien. La producción abundante   
de la hacienda sumó nuevos ingresos, que fortalecieron la economía que ya tomaba bases sólidas.   
Al bienestar espiritual contribuye una desahogada posición material. Estas circunstancias   
estimularon su progreso. Años más tarde se funda la colonia San Mguel. Los terrenos ocupados por   
estas tres colonias habían sido donados bastante tiempo atrás a un general del Ejército Argentino,   
en retribución por los patrióticos servicios prestados al país. Como eran tierras fiscales, no   
tuvieron lugar interferencias del gobierno.   
Dado el interés que tenía la comisión administrativa por las colonias, fueron cedidas a los   
alemanes del Volga. El susodicho militar recibió otro terreno de mayores dimensiones, donde aún   
habitaban los indios. San Miguel acusó un progreso rápido y muchos de sus ocupantes se volvieron   
personas adineradas, con una solvencia económica tal que les brindaba un bienestar completo.   
Algunas chacras tenían canteras, de donde se extraía cal. Hombres de fuerte posición se hicieron   
cargo de esa explotación, con la cual los colonos no sabían qué hacer. Esta zona se abastecía,   
entonces, de la cal de Azul, que, a la vez, la proporcionaba a media república. También se   
establecieron dos grandes fábricas de cemento, dotadas de los elementos más modernos existentes en   
la época, que produjeron la riqueza del lugar prosperando en una forma que nadie se había imaginado.   
Donde hay espíritu de lucha se superan todos los obstáculos que se interponen en las conquistas   
impulsadas por nobles ideales.   
Los colonos de San Miguel orientaron sus actividades hacia las dos ramas fundamentales del campo:   
agricultura y ganadería. Las chacras de las tres colonias contaban con pasto muy bueno para la   
hacienda. Ese fue un factor de peso para que algunos se consagraran con preferencia a lo último,   
por lo cual podía observarse chacras que contaban hasta con mil y dos mil cabezas entre vacunos,   
lanares y equinos. La colonia San Miguel suministró, con el correr de los años, numeroso personal   
humano para fundar más y más colonias, que fueron extendiendo su influencia en forma progresiva   
hacia otras latitudes de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, La Pampa, el Chaco, etc.   
Hinojo fue la primera de las colonias, si bien su contingente no asumió el volumen del que se radicó   
en Entre Ríos, en cuanto a cantidad de las personas, pero con orientación uniforme para todos,   
resolución ya adoptada en el Volga, porque no daban asidero en sus proyectos colonizadores a los   
caprichos individuales. Hinojo fue así la cuna de esas colonias en la Argentina”, concluyen los   
historiadores Popp y Denning.   
**Nuevo hogar**   
La colonización alemana del Volga en Coronel Suárez   
“El 24 de septiembre de 1885 arriba al puerto de Buenos Aires el vapor “Strasburg”, de la compañía   
F. Miller, con un grupo de familias procedentes de aldeas de la colonización del bajo Volga, que se   
dirigen a Colonia Hinojo, Olavarría. Pero sólo permanecieron allí alrededor de un año y medio, pues   
ya no quedaban tierras disponibles para instalarse definitivamente. Ante esta dificultad, el párroco   
de Colonia Hinojo, Padre Luis Serbet, viajó al sur de la provincia de Buenos Aires para iniciar   
negociaciones con el Sr. Eduardo Casey, que poseía 300.000 hectáreas de campo virgen en un paraje   
denominado Sauce Corto. Logrado el acuerdo estas familias parten de la localidad costeando el   
recientemente inaugurado riel del Ferrocarril del Sud, rumbo a la Estación Sauce Corto, donde tras   
algunos conflictos fundan semanas después tres localidades”.   
Introducción   
“Eduardo Casey había formado una compañía con aporte de capitales ingleses, adquiriendo en 1882 las   
100 leguas de la concesión del coronel Ángel Plaza Montero, en Curunalán, cerca de Bahía Blanca”,   
refiere Olga Weyne en su libro “El último puerto”.   
En su en su tesis de posgrado publicada en 1987, la investigadora sostiene que “como sus socios   
consideraron imposibles las condiciones de poblamiento y cultivo del lugar, decidió encararlas por   
cuenta propia. Así, formó la Curumalán S. A., cuya mayoría accionaria le pertenecía y organizó un   
establecimiento para perfeccionar ganado caballar, al mismo tiempo, pensó instalar en la zona 60   
familias de agricultores europeos”.   
A fines de 1884, por su iniciativa, llegaron hasta Bahía Blanca los rieles del ferrocarril del Sud y   
tiempo antes había sido construida la estación de Coronel Suárez, que estaba a punto de ser fundada   
como cabeza de partido. Era, en consecuencia, un lugar aún prácticamente deshabitado, ocupado sólo   
por alguna que otra ranchería.   
Los alemanes del Volga   
El padre Servett decide viajar al sur con una comisión de vecinos de Hinojo. Después de   
conversaciones con representantes de la compañía, se les pidió considerar una interesante   
propuesta: aceptar las subdivisiones de urbanización ya trazadas para la ciudad a la vera del   
ferrocarril en la misma planta urbana de la actual Coronel Suárez. Lógicamente, ninguna de estas dos   
propuestas correspondía a su esquema tradicional de poblamiento. En este caso, agravaba la   
situación el hecho de que la ciudad estaría construida a la vera del ferrocarril, lo que significaba   
una proximidad "peligrosa" con las novedades modernas que llegarían de las otras ciudades.   
Sencillamente, rechazaron la oferta ante el asombro y total perplejidad de los administradores de   
la Curumalán.   
Dada la situación, debieron ser instaladas en carpas en la estación misma, hasta que el gobierno   
provincial resolviese el problema.   
Después de 45 días llegó la respuesta: se los autorizaba para crear colonias granjeras pero no   
pueblos, lo que implicaba que no podía haber cuadras urbanizadas. En los hechos, las autoridades   
terminaron por aceptar el diseño impuesto a las plantas de las aldeas por los futuros pobladores,   
interpretando que se ajustaban a la ley.   
Todavía en el presente subsiste su diseño: una calle céntrica de 50 m de ancho, dividiendo los lotes   
enfrentados de los colonos. Los que llegaron posteriormente o los descendientes, fueron poco a poco   
instalándose en calles paralelas.   
Pueblo Santa Trinidad   
Se estima que los fundadores de Pueblo Santa Trinidad arribaron al lugar en septiembre de 1886, seis   
meses antes que los de los otros dos pueblos, porque venían acompañando al padre Servett en el   
reconocimiento de los campos y a mantener contactos con los administradores de la Curumalán.   
Solamente permanecieron aquí lo suficiente para sembrar algunas hectáreas de maíz. Culminado el   
trabajo retornaron a Hinojo para levantar la cosecha de trigo, regresando en 1887, con la expedición   
definitiva que fundaría los tres pueblos en el distrito de Coronel Suárez.   
Pueblo San José   
El 13 de abril de 1887 se fundó Pueblo San José y los colonos comienzan a consagrarse al trabajo   
diario de establecer una comunidad con un desarrollo cultural y social de primer nivel. Construyen   
una iglesia que por su belleza y magnitud es conocida como “un monumento a la fe” y ha adquirido   
renombre nacional. Esta obra de arte es considerada como una de las iglesias más hermosas de la   
provincia de Buenos Aires.   
**Pueblo Santa María**   
Pueblo Santa María fue fundado el 11 de Mayo de 1887. La memoria colectiva rememora que los primeros   
colonos habían mensurado solares ubicados en cercanías del arroyo Sauce Corto y que una creciente   
del cauce de agua les demostró que se encontraban en una zona proclive a inundaciones periódicas.   
Por lo que decidieron trasladarse unos quinientos metros más allá del lugar, sobre una loma de   
piedra. Allí edificaron sus casitas de adobe y erigieron una nueva localidad.   
**Dios, Patria, Hogar**   
Los primeros años en los pueblos alemanes   
Los comienzos de Pueblo Santa Trinidad, San José y Santa María fueron duros. La agricultura   
–baluarte del desarrollo de los alemanes del Volga- resultó decepcionante durante varios años. Las   
cinco primeras cosechas se las llevó la helada. Como los colonos estaban empeñados en lograr a toda   
costa trigo, la compañía Curumalán les siguió acordando nuevos créditos para evitar que cundiera el   
desaliento. Con tesón y esfuerzo consiguieron doblegar tanto fracaso. A medida que fueron   
interiorizándose de las características del terreno, los resultados mejoraron. En pocos años las   
cosechas del sur bonaerense fueron altamente satisfactorias.   
Las colonias comienzan a surgir   
Fue delicia ver cómo poco a poco aparecieron las huertas caseras; la tierra era tan fértil que   
bastaba tirar la semilla para obtener las mejores hortalizas. Poco tiempo después de su llegada   
muchos colonos cultivaban quintas frutales y comían sus propias verduras. Muchas mujeres trabajaban   
en estos menesteres de la quinta y sus productos cobraron fama. ¿Quién no recuerda la quinta de la   
abuela, sus sandías, sus melones, sus ajos, sus tomates? ¿Quién no la veía, en los días de verano,   
carpiendo y regando su quinta? Los dramas económicos vinieron después; hubo cosechas con malos   
resultados; deudas a los comerciantes; orugas y langostas; sequías y excesos de lluvia. La cría de   
la gallina fue una actividad familiar que ayudó a vivir en los primeros tiempos, efectuada en forma   
sencilla, sin gallineros y sin conocimientos. Las madres de la colonia se ingeniaron y miles de   
pollitos correteaban alrededor de la casa; nunca faltó una gallina para el puchero. Los golpes   
fueron duros en los primeros años, pero la fe de la mayoría nunca flaqueó y aquel génesis forjó   
almas fuertes y llenas de fe en el trabajo. Varios factores contribuyeron a la afirmación de los   
iniciados sobre la tierra: el ilimitado valor de los pioneros ante los desastres, su fuerza de   
voluntad, que renacía con cada golpe, en un anhelo místico de conquistar para siempre las campiñas   
de la "tierra soñada"(... )   
Lentamente fue corriendo el tiempo: 1887, 1888, 1889, 1890... Mil pequeños detalles amargaban la   
vida de los pioneros. El ambiente nuevo y las costumbres de la fauna silvestre, desconocidas para   
ellos, creaban las consiguientes inquietudes para grandes y pequeños. Un hecho tan simple como la   
desaparición de los huevos en el gallinero, de los pollitos en el nido o de algunas tiras de cuero   
sobado, ponían una nota de temor en el ambiente, porque nadie sabía quienes eran los culpables. En   
los días de ardiente calor había que estar espiando a los lagartos y perseguirlos a latigazos;   
buscar a las comadrejas ocultas en los huecos de los árboles o en los mismos nidos de las gallinas.   
Un día aprendieron a reconocer a los zorrinos y a cuidarse de sus emanaciones... y los zorros no   
sólo se comían las coyundas de los yugos, sino que una noche cualquiera arrasaban con todo el   
gallinero, sin que se sintiera nada bajo el silencio de un cielo estrellado. Muchas veces se perdían   
los caballos de trabajo o algún matrero robaba los caballos en el momento más urgente de la siembra,   
sin que pudieran ser encontrados... y la desesperación cundía. No sabiendo distinguir las serpientes   
venenosas de las culebras inofensivas, las confundían a menudo, con casos lamentables de angustia   
inútil, cuando a veces aparecía uno de esos ofidios enroscado en la cocina o debajo de la cama.   
Después la soledad, que roe la vida del campesino, la nostalgia de la lejana familia, los recuerdos   
del pasado. A pesar de la disposición que se dio a la colonia los vecinos en sus campos se hallaban   
alejados y cada uno debía resolver por sí mismo, en un momento dado, sus problemas del día.   
Mi pueblo...    
Colonia Santa Maria   
Fue fundada el 11 de mayo de 1887 por 24 familias de alemanes del Volga.   
En sus comienzos, los colonos la llamaban Kamenka en referencia a la aldea alemana de la   
colonización germana del Volga, de la cual provenían sus primeros moradores.

La llanura ulterior, las estancias, los potreros, los rumbos que fatigan los reseros, el paciente planeta que perdura... Así describe un poema de Borges –dedicado a su bisabuelo Manuel Isidoro Suárez, a quien la ciudad debe su actual nombre– el paisaje que circundaba lo que luego sería la pujante Coronel Suárez, allá por el año mil ochocientos treinta y tantos.  
Y mirando las fotos de Josi de Lusarreta –una seguidilla de imágenes de estaciones abandonadas y galpones de chapas grises bajo cielos aún más grises, perros omnipresentes y paredes semiderruidas donde la humedad hace aflorar mundos sobrenaturales (como en el Chico Carlo de Juana de Ibarbourou)– podría decirse que Coronel Suárez es también “el epicentro de los amaneceres y las nieblas más envolventes y más bellos” de la provincia de Buenos Aires.   
Además de fotógrafa, Josi es propietaria y anfitriona de **La Casa Hotel Boutique**, una magnífica casona de ocho dormitorios, de estilo francés, que su abuelo Carlos mandó construir circa 1926 y aún conserva los pisos, el mobiliario y el empapelado originales. Hermosa e imponente como es, La Casa cumple felizmente el destino que Josi y sus tres hijos imaginaron para ella: ser un lugar acogedor, familiar, “una casa para venir a dormir”... aunque las amplias salas de la planta baja y los jardines también invitan aldolce far nienteen las largas horas del día.   
Así, luego de un reparador descanso, salimos a ver lo que vinimos a ver: las vecinas colonias Santa Trinidad, San José y Santa María, un testimonio vivo de la presencia de los alemanes del Volga en nuestro país.   
 **Memorias rusas**  
Las tres colonias todavía conservan sus anchos y sobriamente arbolados bulevares, la capilla que opera como axis mundi, las típicas casas de piedra, adobe o ladrillo oscurísimo y galerías adornadas con cenefas, e incluso algunas , muy pocas, hechas con glebas cortadas directamente de la tierra reseca y trenzada de raíces.   
Las tres siguen estando pobladas por gentes de ojos azules y pelo rubio o cobrizo. Como Julio Hartman, organizador de los célebres campeonatos de “kosser” –una variante del Knochenspiel o juego de los huesos, un juego tradicional de los soldados rasos cuyo origen se remontaría a la Guerra de los Cien Años y que actualmente, de todos los lugares del planeta Tierra, sólo se practica en Coronel Suárez–.   
Sin perder la sonrisa, Julio nos cuenta la dura historia de sus abuelos, que en cierto modo refleja la de todos los colonos volguenses. “Mis antepasados fueron a trabajar la tierra a las estepas rusas, al sur del río Volga, en los tiempos de la emperatriz Catalina II. Pero después los rusos ya no los quisieron allí y les ofrecieron tierras en Siberia... donde había que luchar contra el hielo y el frío y combatir con fuego a los osos para salvar las cosechas... Y luego de muchas tribulaciones, llegaron a América en un vapor sin rumbo”.   
Ese misterioso vapor sin rumbo al que alude Julio era el Strasburg, y en él llegaron las primeras 50 familias alemanas que se instalaron en el paraje Sauce Corto, hacia 1887, dividiéndose en las tres colonias que hasta hoy perduran. Labradores de pura raza, los “alemanes del Volga” despejaron pajonales, piquillines y cortaderas para sembrar el así llamado trigo “ruso” y poco a poco fueron construyendo sus casas, distribuidas según el trazado de las antiguas colonias europeas sobre calles de una sola salida. Muchas de esas primeras viviendas pueden verse todavía en la zona de la Manchurria, en la colonia Santa María, y otras construcciones más recientes, de estilo italianizante o neoclásico, en las colonias San José y Santa Trinidad, por lo que conviene llegar munido de mapa para orientarse.   
La Parroquia San José Obrero, con sus dos altas torres coronadas por sendas cruces doradas, se yergue desde 1927 en la colonia 2. Tiene 71 vitrales traídos de Europa y bancos suficientes para albergar a 600 personas –aunque el padre Mario subraya con humor que “como muchas otras, esta iglesia tiene un defecto: no la llenamos”–. Su mayor encanto son las “pinturas encubiertas” que, con ojo avezado, pueden descifrarse en las columnas: el rostro de Cristo, la Virgen Niña y el nombre de Imelda Schwindt, el amor secreto del anónimo pintor que decoró pilares, techos y paredes. Dicen que Imelda vivía frente al templo y que él, rechazado por los padres de ella, le susurró al oído: “Cada vez que entres en la iglesia, te acordarás de mí”. Fiel a su promesa, trazó las letras del nombre de la amada imposible en una columna, junto al banco que ocupaba la familia.   
Pero si de historia y costumbres volguenses se trata, nada mejor que visitar el **Museo La Palmera** – Unsere Leude, situado en una reserva natural a un kilómetro del centro de la colonia Santa María. Pedro Schwerdt, su ingenioso director, nos invita a contemplar las deslumbrantes maquetas realizadas por su suegro Alejandro Streitenberger Maier, músico, inventor y filántropo: equipos de trilla accionados por un pequeño motor, carros, casillas, trenes, norias y molinos para la extracción de agua, cosechadoras, un zimbal, un extraordinario porta-reloj y hasta una bizarra y puntillista guillotina en homenaje a la Revolución Francesa. Antes de despedirnos, probamos los deliciosos kreppel –suerte de tortas fritas bien sequitas– que prepara la esposa de Pedro.   
Y ya en tren de sabores y buena mesa (las colonias gozan de merecida fama en ese aspecto), dos recomendaciones de cocina de autor: Dominga, de Francisco Ciganda, que cada noche ofrece una sugerencia alemana; y Weimanhauss, de Javier Graft, con sus deliciosos maultaschen y wickelnudells, también sólo por las noches.   
  
**Además de los alemanes**  
Hacia el norte y hacia el sur de Coronel Suárez, siempre por la RP85, los nombres de los pueblos y caseríos por los que el tren ya no pasa proponen un trayecto entre histórico y nostálgico: **Bathurst, D´Orbigny, La Primavera, Otoño**... A veces del todo abandonados, otras veces inesperados oasis en la mansa planicie enmarcada por serranías distantes. Y siempre los pastos altos y blandos sacudidos por el viento, las vías del ferrocarril como flechas apuntadas a un destino que ya no cumplen, franjas paralelas donde los niños juegan al equilibrista, trochas que gallos y gallinas merodean esquivos.   
Cascada es uno de esos pueblos con estación y galpones todavía en pie, y es también una excepción a la regla: el césped de la plaza está cortado al ras, las hamacas oscilan en sus soportes, las casas deshabitadas parecen haber sido pintadas hace poco... Don Hipólito Rojo, empleado del ferrocarril durante “cuarenta y seis años, cuatro meses y cuatro días”, nos aclara el misterio (que perezosamente ya atribuíamos a la laboriosa mano de una cuadrilla fantasma o a la intervención extraterrestre). “La municipalidad de Coronel Suárez lo mantiene así por pedido de los antiguos pobladores. El 11 de noviembre de cada año festejamos el aniversario de Cascada con asado, orquesta y baile. Y el último domingo de cada mes viene el cura a dar misa en la capilla, como hoy. Y nosotros venimos a escucharlo. Fíjese...”, dice. Y señala hacia la entrada del pueblo, donde empiezan a aparecer los primeros autos y bicicletas de la pequeña caravana de cascadenses que, como en los cuentos con final feliz, regresan (aunque sea por un ratito) al pago que los vio nacer.